

La historia de las ideas, sus “corredores” y la historia intelectual

Por *Hugo E. BIAGINI**

*La historia de las ideas es algo
así como la muchacha discol
de la familia.*

Arturo Roig

Escenario y escenógrafos

SE RETOMAN AQUÍ ALGUNAS APRECIACIONES sobre la historia de las Ideas que sirven de entrada al *Diccionario del Pensamiento Alternativo* y que también he proseguido por mi cuenta en un artículo ulterior.¹ En ambos casos —la entrada y el artículo— se trazaba un vínculo bastante estrecho entre una de las vertientes disciplinares en juego y la orientación preponderante dentro de una amplia red intelectual: el Corredor de las Ideas del Cono Sur, un núcleo crítico creado hacia 1998 por académicos de Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay.²

Dicha orientación tiende a diferenciarse de la cosmovisión neoliberal así como a reconocer la validez del filosofar latinoamericano

* Investigador principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina; cofundador del Corredor de las Ideas del Cono Sur; e-mail:<hbiagini@speedy.com.ar>.

¹ Alejandro Herrero, “Historia de las ideas”, en Hugo Biagini y Arturo Roig, dirs., *Diccionario del Pensamiento Alternativo*, 2ª ed., Buenos Aires, Biblos/Universidad Nacional de Lanús, 2009, pp. 260-262. El mismo autor, junto a Fabián Herrero, ya había incursionado en la temática al abordar a especialistas de Argentina y el exterior: véanse *Las ideas y sus historiadores*, Santa Fe, Universidad del Litoral, 1996; y *La cocina del historiador*, Buenos Aires, UNLa, 2002. Hugo Biagini, “Autohistoria sumaria de las ideas”, *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano* (México), año 6, núm. 23 (abril-junio de 2015), en DE: <<http://www.pacarinadelsur.com/home/figuras-e-ideas/1133-autohistoria-sumaria-de-las-ideas>>.

² El presente texto forma parte de la conferencia magistral impartida en el XIV Encuentro del Corredor de las Ideas del Cono Sur, Universidad Católica, Asunción de Paraguay, el 13 de julio de 2016; mayor información sobre tal Corredor y sus publicaciones en DE: <<http://www.corredordelasideas.org/v2/>>, <<http://www.pacarinadelsur.com/home/mallas/1484-corredor-de-las-ideas-del-cono-sur>> y el repertorio documental <<http://cecias.org/articulo.asp?id=558>> .

y del pensamiento alternativo, junto con un alcance extendido de la historia de las ideas frente a otras vertientes que, apelando a la historia intelectual, minusvaloran aquella otra historia como si estuviera hundida en la obsolescencia.

Además de reexaminar tales aproximaciones epistémicas me propongo circunscribir aquí el tratamiento sobre historia de las ideas que han llevado a cabo algunos de los expositores mencionados en la entrada del diccionario aludido y que han sido partícipes —a la par— del citado Corredor, como Arturo Roig, Horacio Cerutti Guldberg, Yamandú Acosta y Eduardo Devés Valdés, quienes conformarían entonces las filas personales de lo que aquí me he permitido evocar como sus “corredores” —una nomenclatura de por sí equívoca o polivalente porque también puede aplicarse simultáneamente a los distintos encuentros que ha venido efectuando el círculo en cuestión y a ese mismo núcleo como tal.

Una motivación final a tener en cuenta ha procedido del propio seno del Corredor. En su primer encuentro paralelo, efectuado en Buenos Aires a mediados del año 2000 para rendir homenaje a dos pensadores nuestroamericanos y para conmemorar el aniversario de la Reforma Universitaria, se conceptuó que el espacio regional del Corredor —centrado en un eje principista como el de la democracia, la identidad y los derechos humanos— venía a imprimirle un nuevo sesgo a la historia de las ideas por apegarla a una praxis sociopolítica fuertemente performativa y articulada con un modo de encarar esa historia ya cultivado en nuestra América desde hacía varias décadas.

Un magisterio intergeneracional

LA última caracterización sobre un Corredor que imprimía un “nuevo giro” a la historia de las ideas fue lanzada por Arturo Roig, quien abundó sobre ese peculiar tratamiento de dicha historia, a la que en esa ocasión consideró como

una forma de abrirnos al universo de las conciencias y de poner los límites a una autoconciencia que pueda reposar en cierto grado de legitimidad; ha sido la vía para el descubrimiento de la identidad, más allá de esencialismos y fundamentalismos, como un *constructo* que vamos haciendo desde la argamasa inagotable de pasados compartidos; ha sido la base de una lectura crítica a partir del momento en el que bajamos de la idea a la *praxis* de la idea, que es lo que pretende poner en marcha esta feliz iniciativa del Corredor por el que estamos andando; ha sido un preguntar por el ser y el

deber nacional y continental y, por eso mismo, una apertura a todo discurso de futuro.³

Sigamos pues de cerca los posicionamientos que Roig ha perfilado para la historia de las ideas junto a la prolongada dedicación que él mismo le imprimiera al cultivo del pensamiento filosófico. Para hacerlo nos detendremos en su propio *corpus* temático y en la producción orgánica respectiva, en la cual distinguimos diferentes niveles analíticos. Esa obra fue publicada en su mayor parte en Bogotá por la franciscana Universidad Santo Tomás,⁴ y prologada por Germán Marquínez Argote, relevante filósofo latinoamericanista, quien destacó a Roig como “maestro ejemplar del pensamiento latinoamericano”, “hombre bueno que transparenta humanidad contagiosa” y “amigo de muchos años cuya última visita se espera con la misma ilusión que la primera”.⁵

³ Arturo Roig, “Agradecimiento”, en Hugo Biagini y Raúl Fornet-Betancourt, eds., *Arturo Ardao y Arturo Andrés Roig, filósofos de la autenticidad*, Aachen, Concordia, 2001, pp. 123-124; también en la Jornada en homenaje a Roig y Ardao, patrocinada por el Corredor de las Ideas y celebrada en Buenos Aires, el 15 de junio de 2000, en Hugo Biagini, comp., *Arturo Ardao y Arturo Andrés Roig, filósofos de la autenticidad*, en DE: <<http://www.ensayistas.org/filosofos/argentina/roig/homenaje/roig.htm>>, edición digital de José Luis Gómez-Martínez, autorizada para el Proyecto Ensayo Hispánico de la Universidad de Georgia, marzo de 2001.

En esa época el propio Roig acababa de incorporarse activamente al Corredor de las Ideas a partir de su tercer encuentro realizado unos dos meses antes, en Chile, hacia mayo del 2000, con una ponencia sobre filosofía latinoamericana y el ejercicio de la subjetividad.

⁴ Arturo Andrés Roig, *Historia de las ideas, teoría del discurso y pensamiento latinoamericano*, Bogotá, Universidad Santo Tomás, 1993, esp. la primera parte y pp. 175-194. A los trabajos alusivos que aparecieron en esa edición, publicados además por separado en otras ocasiones, deben sumársele los siguientes estudios del mismo autor: “Importancia de la historia de las ideas para América Latina”, en *id.*, *Filosofía, universidad y filósofos en América Latina*, México, UNAM, 1981, pp. 25-33; “Consideraciones sobre la metodología de la historia de las ideas”, en Dina Picotti, comp., *Pensar desde América*, Buenos Aires, Catálogos, 1995, pp. 31-39; la contestación de Roig a la encuesta que sobre historia de las ideas le efectuaron Alejandro y Fabián Herrero, para la revista *Estudios Sociales* (Santa Fe), núm. 7 (1994), pp. 167-179, así como el epistolario difundido por Carlos Pérez Zavala, “Arturo Andrés Roig: cartas en el camino”, *Cuadernos Americanos*, núm. 140 (2012), pp. 81-101. Tales textos constituyen la fuente primordial de nuestro presente análisis sobre la obra roigiana en torno a la historia de las ideas y a ellos puede añadirse “Posmodernismo: paradoja e hipérbole”, en Arturo Andrés Roig, *Caminos de la filosofía latinoamericana*, Maracaibo, Universidad del Zulia, 2001, esp. pp. 134ss., junto a la indagación de Javier Pinedo, “Una trayectoria intelectual: entrevista con Arturo Andrés Roig”, incluida en Arturo Andrés Roig, *La universidad hacia la democracia*, Mendoza, Ediunc, 1998, esp. pp. 301ss.

⁵ Germán Marquínez Argote, “Presentación”, en Roig, *Historia de las ideas, teoría del discurso* [n. 4], p. 7.

El primero de los niveles aludidos ofrece un encuadre sobre historia de la historiografía de las ideas latinoamericanas, cuyos precedentes verificables aparecen en una etapa embrionaria o prehistórica que se prolonga hasta culminar con la obra de José Ingenieros y Alejandro Korn, con los cuales surge una respuesta identitaria frente a la sujeción cultural. Roig estima que la constitución misma de la historia de las ideas se halla ligada a la institucionalización y normalización filosóficas e irrumpe, bajo el movimiento historicista, hacia los años cuarenta con Francisco Romero, José Gaos, Arturo Ardao y la Colección *Tierra Firme* del Fondo de Cultura Económica, junto a la creación de distintos centros de Estudios Latinoamericanos en Estados Unidos, Alemania, Francia y en la misma América Latina, con especial referencia a México, Argentina y Brasil. Una función trascendente le tocará desempeñar al Comité de Historia de las Ideas en América del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, presidido por Leopoldo Zea, y a las reuniones organizativas pioneras que dicho comité llevó a cabo en Costa Rica y Puerto Rico. Al promediar la década de 1970 adviene una historia crítica de las ideas, pivotada por la doctrina de la dependencia y la filosofía de la liberación, de las cuales el propio Roig resulta tributario. En una síntesis tipológica sobre su devenir, Roig sostiene que nuestra historia de las ideas ha dado lugar a un cromático repertorio de expresiones disciplinares como el de la filosofía *política y social* o el de las filosofías de la *historia*, la *cultura*, la *nacionalidad* y la *americanidad*.

Según Roig, bajo el rubro de disvalores y desafecciones caen las perspectivas ante las cuales adopta una distancia hermenéutica y confrontativa. Para ensayar un ejercicio esmerado de la historia de las ideas, entre esos elementos de juicio —antagónicos o refractarios— se encuentran:

— el llamado método generacional, por hallarse restringido al pensamiento de las élites, por no facilitar el indispensable proceso de autoconciencia y bregar por la historiografía de los héroes del pensamiento, que aparecen y desaparecen, como si la vida fuese un espectáculo teatral;

— una pura conciencia eidética, con su juicio acrítico y con un enfoque de las ideas como alejadas de la conciencia comunitaria al igual que de la realidad socioeconómica y continental;

— las ideas concebidas idealmente, desde el concepto, con prescindencia de las formas discursivas, del autor, el lector y el oyente;

- lo teórico reducido a un mero juego lingüístico y movedizo de las ideas como tráfico de influencias;
- el objetivismo compartimentalista que, con un notorio trasfondo ideológico, impide trasponer las demarcaciones temporales y asumir o abordar desde el presente al tiempo pasado, para evitar lo que se estima como el efecto contaminante de las pasiones;
- la historia erudita que, con una supuesta imparcialidad descriptiva, ve al juicio de valor como espurio y subjetivo;
- el estilo replegado de las academias, que emplean palabras propias de un logo mítico, mientras presumen basarse en una universalidad despojada del contexto histórico;
- la típica ideología universitaria que toma a la historia de la filosofía como un saber autoabastecedor;
- el exogenismo que, con la antítesis de civilización o barbarie, acompañó el desarme mental efectuado por la *intelligentsia* burguesa ante las respuestas bolivarianas a nuestra identidad;
- la ontologización del pueblo para justificar estructuras de poder político e ideológico;
- los clichés posmodernos y neoliberales que postulan la muerte de las ideologías e intentan suprimir de la memoria el clivaje nacional y antiimperialista planteado por los fundadores de nuestro filosofar (Francisco Bilbao, José Martí, José Enrique Rodó, José Ingenieros, Manuel Ugarte, José Vasconcelos).

Tras esos certeros disparos conceptuales —contra las variantes tanto canónicas como sofisticadas que aspiran a examinar el curso de las ideas— cabe puntualizar los enunciados propositivos que ha ido acuñando el pensador mendocino.

Si nos guiamos por sus encabezamientos, el citado *corpus* roigiano puede retomarse como “historia de las ideas: su importancia, su metodología y motivaciones fundamentales, sus vínculos con la historia, la cultura y la filosofía” en especial y *last but not least*, “su vía liberadora”.

Tras coincidir con enfoques como los de Zea, en cuanto a las pulsiones dramáticas y futuristas que acompañan la preocupación nuestroamericana por la historia de las ideas, Roig no deja de señalar que en este tipo de historia aplicada —a la cual percibe como una de las posturas más raigales e inescindibles que anidan en su propio pensamiento— también se encuentran piezas indispensables para construir nuestro autoconocimiento y autodeterminación, sobre el piso de una identidad con justicia comunitaria, que anhela la afirmación nacional y continental de nuestros pueblos. Además

de llevarnos a bucear en la función social de la idea y a plasmar inveterados ideales, todo ello ha conducido a definir la historia de las ideas como un medio en el cual el sujeto se ve involucrado como objeto primordial de estudio, en un horizonte tendiente a la autenticidad y adverso a la enajenación, sin descuidar por ello las fisuras, contradicciones e incoherencias ínsitas en lo real. En definitiva, la historia de las ideas, *more roigiano*, permite, por una parte, que los latinoamericanos nos reconozcamos como seres humanos pensantes —que procuramos revertir la situación de colonizados y subsumidos en la cultura occidental—, mientras, por otra, ilustra la lucha para integrarnos y para mejorar nuestras condiciones básicas de vida.

Roig despliega propuestas como las que hacia 1974 formularon en México los expertos en historia de las ideas convocados por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés), en las cuales el pensador mendocino tuvo una función decisiva. En esa ocasión intervinieron grandes figuras de la filosofía latinoamericana como Leopoldo Zea y Arturo Ardao, coparticipantes e inspiradores del Corredor. Aludo a resoluciones metodológicas, conceptuales e instrumentales clave, como la conveniencia de encarar la historia de las ideas en tanto historia de la conciencia social regional, que apunta a defender la unidad del proceso histórico continental y a ser abordada desde el presente; los condicionamientos sociales; el poder transmutador de la idea; los problemas latinoamericanos concretos y las respuestas pertinentes que pueden dársele a partir de los distintos carriles epistémicos.

Más allá de esa crucial instancia vertebradora, las inquietudes metodológicas de Roig sobre historia de las ideas —junto a su interés por las aristas sociales del saber— le fueron adjudicadas a la tradición intelectual que arranca con el movimiento historicista en 1940, por un lado, y a una nueva captación del valor y la funcionalidad de lo teórico, por otro; lo cual mitiga su pasaje por una etapa circunstancialista para acceder a la teoría de la dependencia y a la historia económica.

Insuficiencias como las antes señaladas conducen a Roig a establecer una ampliación metodológica de la historia de las ideas a la que trastrueca en un saber crítico y que abarca varias dimensiones, entre ellas: superación de los límites intranacionales, examen de las ideas mediante una comprensión de las estructuras dadas, apertura

indiscriminada de los recursos documentales, trasfondos ideológicos, la conciencia como instancia no translúcida y enajenada, filiación del discurso opresor y apertura a la alteridad y conversión del investigador en promotor de la transformación colectiva. También se produce el acercamiento a diferentes orientaciones: la teoría crítica de las ideologías —estilo Escuela de Frankfurt— y de los análisis clasistas, la teoría del lenguaje para decodificar la comunicación imperante y una teoría del discurso en la que éste resulta concebido como un modo particular de praxis.

Dos premisas operativas enfatizan nociones tales como la de que lo regional puede albergar lo universal y de que resultamos proclives a un emocionalismo que no impide de suyo una atinada elaboración de la subjetividad. La habitualmente preconizada falta de sistematización que tendría nuestro pensamiento latinoamericano no constituye un despropósito ni es en sí misma una forma teórica débil, ya que prima más el criterio de denuncia que el de justificación. Junto a la ambigüedad de la historia de las ideas, se han planteado un sinfín de cuestiones atinentes: su fundamentación teórica, su *status* epistémico, sus alcances y su sentido dentro de las ciencias humanas, el aporte de la lingüística, la semiótica y la teoría de la comunicación y del texto como una manifestación actual del universo discursivo, desde el cual se determina la significación de la función crítica. Se hace mención de un saber que pone como objeto primero las formas de mediación del lenguaje y de la idea como un signo que exige desciframiento, no ya en el mundo de las ideas sino en aquel que proporciona el giro lingüístico, cuyos ingredientes revitalizaron la historia de las ideas como también lo hicieron los estudios económicos.

La historia de las ideas mantiene aquí una apretada relación con la cultura, la filosofía y la liberación. La primera forma parte del sistema de conexiones de la ampliación metodológica como parte de un saber no sustantivo ni suficiente *per se*. Desde la historia de las ideas, lo filosófico integra el proceso de objetivación de la cultura de un pueblo y adopta el ropaje de un saber crítico que pone en cuestión sus propios supuestos. Con todo, como el discurso ordinario, la filosofía, despojada de su rango imperial, no se halla desprovista de ambigüedad ni del componente ideológico en tanto afirmación o negación de lo humano. En el nivel de objetivación de la vida en común se gesta un ejercicio crítico espontáneo que es repetido por el metalenguaje filosófico en otro nivel: el de las totalidades objetivas y en aras de universalización. La filosofía

representa una modalidad no ajena a las reformulaciones u objetivaciones propias de la cotidianeidad.

Con sus nuevos instrumentos metodológicos y ante la posibilidad de erigirse en un saber crítico, la historia de las ideas se amalgama con un amplio movimiento que desde los años sesenta reivindica la urgencia de la liberación del hombre americano singular, por más que para el propio Roig la filosofía de la liberación como tal haya contenido diversas inconsistencias que lo llevaron a distanciarse de ese movimiento en particular. Más allá de los entreveros epistémicos y de esa forma de historiar como una disciplina en sí, la historia de las ideas ha jugado en América Latina una función imperativa por sus proyecciones comunitarias en la plasmación de una conciencia social, nacional y continental. La historia de las ideas y la filosofía se hallan íntimamente ligadas, *inter alia*, en su misión de recuperar el discurso emancipatorio.

Como un rasgo roigiano delimitado tenemos su propia función como intelectual más próximo a Calibán que a Ariel, lo cual lo induce a transitar por el barro social en lugar de la letra mortecina o las excelsas cumbres del espíritu. Si bien Roig toma a veces la historia de las ideas genéricamente, sin demarcarla de la historia intelectual —o de otras figuraciones cognoscitivas—, no comulga en cambio con la neutralidad principista que esa historia intelectual presume ostentar, mientras resultan apreciables las disidencias y oposiciones que guardan las posturas roigianas —tanto desde sus señalados rechazos como desde sus propios asertos doctrinarios— frente a las enunciaciones que suelen transmitir los practicantes de la historia intelectual.

Más allá de la aparente liviandad con la que, en el epígrafe inicial,⁶ Roig se refería a la historia de las ideas —para contraponerla al academicismo y a la palabra exclusiva de los letrados—, no duda en conceptualarla como el “quehacer que constituye uno de los campos de desarrollo teórico y de investigación historiográfica más fecundos del siglo xx”.⁷

⁶ Fabián Rojas, “Doctor Arturo Andrés Roig: el maestro de la filosofía latinoamericana”, *Revista de la Universidad Nacional de San Juan* (Argentina), núm. 29 (julio de 2007), p. 3.

⁷ Arturo Andrés Roig, “Algunas consideraciones sobre filosofía práctica e historia de las ideas”, *Estudios* (Mendoza, INCIHUSA-CONICET), núm. 1 (diciembre de 2000), p. 16.

OTRO animador del Corredor es el filósofo uruguayo Yamandú Acosta, quien se plantará frente a las petulantes aseveraciones de aquellos que postulan el unicato de la historia intelectual. Además de ocuparse *in extenso* de la historia de las ideas desde el plano teórico-metodológico y de sus cuestiones colindantes, Acosta ha refutado el supuesto adelanto copernicano que autores como Elías Palti le han atribuido a la historia intelectual, frente a una historia de las ideas mentadamente estancada e insepulta. *Contrario sensu*, en un artículo reciente Acosta ha sostenido, no sin cierta ironía, la “total vitalidad”⁸ disciplinar e institucional, cualitativa y cuantificable, que ha guardado la denostada historia de las ideas desde su irrupción hasta la actualidad. En resumidas cuentas, para dicho autor se ha tratado de un proceso de ocultamiento e invisibilización, escudado en una suerte de modernidad cosmética que le adjudica a lo nuevo —a la historia intelectual trasplantada— un valor de suyo superior a lo antiguo o precedente: la historia de las ideas. Acosta arremete a la par contra el mito del giro lingüístico como un aporte revolucionario de la historia intelectual, ya que, para él, en dos grandes maestros de nuestra América y del Corredor, ambos Arturos (Ardao y Roig), ese giro no sólo se encuentra delineado originariamente sino que además ha sido sobrepasado y ha producido otros significativos virajes innovadores: en el orden pragmático, descolonial y translingüístico.

En ese trabajo, el mismo Acosta refuerza sus objeciones al proclamado oscurecimiento de la perspectiva latinoamericanista de la historia de las ideas. Y cita a otro miembro clave del Corredor, Horacio Cerutti y a su obra *Filosofando y con el mazo dando*, libro sobre Roig que lo muestra, junto a sus avances reflexivos —como el de su propio giro lingüístico—, asociando la *intellectual history* con una variedad positivista deficitaria, ingenua y encubridora.⁹

⁸ Yamandú Acosta, “De la historia de las ideas a la historia de las ideas”, *Revista de la Facultad de Derecho* (Montevideo, Universidad de la República), núm. 32 (2012), pp. 11-16.

⁹ Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofando y con el mazo dando*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, pp. 49-50, 75 y 89; sugestivamente, ese libro fue presentado en la Academia de Ciencias de Buenos Aires, con la asistencia del propio Roig, en la que sería su última visita a esa ciudad antes de su muy lamentado deceso. Sobre los aportes roigianos —o los de pensadores afines— a la historia de las ideas han confluído otros integrantes del Corredor, *inter alia*, Javier Pinedo, “La historia de las ideas en América Latina”,

Asimismo, encontramos la contribución del propio Cerutti al dominio alusivo: al escudriñar la historia de las ideas en sentido regional *stricto sensu* (como objeto de estudio en sí mismo), no vacila en concederle el mérito de “avanzar significativamente, logrando emancipación, protagonismo, interlocución e invención cada vez con mayores grados de originalidad”, sin dejar por ello de tener en cuenta su propia configuración histórica.¹⁰

En un texto precursor, cuya primera edición data de unos treinta años atrás y en el cual recopila diversas indagaciones suyas, Cerutti tampoco titubeaba en asignarle a los problemas metódicos sobre historia de la historia de las ideas latinoamericanas un papel que excede al del mero “juego mental para eruditos” y se concentra en la lucha por el poder y la liberación continental.¹¹ En mayor o menor medida, en esa obra se exponen y discuten un cúmulo de autores e interpretaciones, con sus aciertos y limitaciones —según el lente ceruttiano— para dirimir los nexos entre lo filosófico y lo extrafilosófico junto a un sinnúmero de puntos neurálgicos, entre ellos: superestructura cultural y modos de producción, deriva sociopolítica del conocimiento y profesionalización del saber, condicionamientos inconscientes, elaboración y operatividad del discurso conceptual, modelos y periodizaciones (como la que el mismo autor acuñaría sobre las tres etapas recorridas por nuestra historia de las ideas), descripción o explicación, lecturas doctrinarias idealistas y materialistas, enfoques mecanicistas y reduccionistas, variantes ecuménicas o situacionales, historicismo, nacionalismo y populismo, fuentes primarias y secundarias, vínculos interdisci-

en DE: <<http://www.ensayistas.org/filosofos/argentina/roig/homenaje/pinedo.htm>>; y Yamandú Acosta, “Filosofía latinoamericana e historia de las ideas”, en DE: <<http://www.ensayistas.org/filosofos/argentina/roig/homenaje/acosta.htm>>, ambos en Biagini, comp., *Arturo Ardao y Arturo Andrés Roig* [n. 3]; Carlos Pérez Zavala, *Arturo Roig: la filosofía latinoamericana como compromiso*, Río Cuarto, ICALA, 2005, esp. pp. 140-150; Adriana Arpini, comp., *Otros discursos: estudios de historia de las ideas latinoamericanas*, Mendoza, Universidad de Cuyo, 2003, esp. pp. 75-78; Gerardo Oviedo, “Arturo Andrés Roig y la semiótica en Sarmiento”, *Cuadernos Americanos*, núm. 141 (julio-septiembre de 2012), pp. 45-60.

¹⁰ Horacio Cerutti Guldberg, “Bicentenario y revolución: la emancipación de las ideas”, en *id.*, *Pensando después de 200 años*, Monterrey, CECYTE NL-CAEIP, 2011, pp. 33-34.

¹¹ Horacio Cerutti Guldberg, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986 (Col. *Ensayos latinoamericanos*, núm. 1), pp. 113, 142ss.; esta edición fue comentada, entre otros, por Mauricio Beuchot en *Diánoia* (México, UNAM), núm. 33 (1987), pp. 301-303; existe una segunda edición, México, Porrúa, 1997.

plinares, especificidad y unidad del pensamiento latinoamericano ante el europeo y el lenguaje como mediador y como andamiaje histórico. Más allá de su exploración de los posicionamientos en cuestión, Cerutti sólo le otorgaría a ello el alcance de una mera faena preliminar, como si estuviera entreviendo el decurso que esa tarea hermenéutica iba a cobrar en su misma trayectoria ulterior.

En efecto, estamos aludiendo a un *métier* que se iría prolongando hasta la hora actual, sobre todo en su libro *Memoria comprometida*¹² y en otro texto en colaboración con Mario Magallón Anaya, *Historia de las ideas latinoamericanas, ¿disciplina fenecida?*,¹³ donde se enfatiza el entrelazamiento de la filosofía latinoamericana con la historia de las ideas y de éstas con las masas y los sectores subalternos, o sea, la de una filosofía y una historia que no están constreñidas a los grandes ismos eurocéntricos, que resultan destructoras de lo dado y que no es simplemente *de* sino *para* la liberación social y nacional. Por consiguiente, se está en presencia de una historia de las ideas y de un filosofar que no provienen de una institucionalidad determinada sino de un requerimiento propositivo: a partir de los proyectos y necesidades nuestroamericanas, diferenciadas de los sistemas filosóficos teórico-formales e inficionadas con elementos históricos cambiantes, entrecruzamientos, creencias y supuestos. Todo ello ha producido una especie de plausible equiparación entre filosofía latinoamericana, historia de las ideas y filosofía de la liberación. Por lo demás, Cerutti ha distinguido tres núcleos activos dedicados a la historia de las ideas en la región: el dirigido por Roig en Mendoza, con su referente mercosureño en el Corredor de las Ideas y su manifiesto *ad hoc*; el de la Universidad Central de Las Villas de Santa Clara, Cuba, con sus simposios sobre Pensamiento Filosófico Latinoamericano, alentado por Pablo Guadarrama; y las diversas organizaciones creadas por Leopoldo Zea desde la Universidad Nacional Autónoma de México.¹⁴

¹² Horacio Cerutti Guldberg, *Memoria comprometida*, Heredia, Costa Rica, Universidad Nacional, 1996, capítulos 5, 7, 8 y 11.

¹³ Horacio Cerutti Guldberg y Mario Magallón Anaya, *Historia de las ideas latinoamericanas, ¿disciplina fenecida?*, México, Casa Juan Pablos, 2003, pp. 17, 31, 33, 37, 42ss; cf. también, Horacio Cerutti Guldberg, *Posibilitar otra vida transcapsitalista*, México, UNAM/Universidad del Cauca, 2015, pp. 77-78.

¹⁴ Dicho panorama operativo fue bosquejado *prima facie* por Horacio Cerutti Guldberg, “Historia de las ideas filosóficas latinoamericanas”, *Revista de Hispanismo Filosófico* (Madrid), núm. 6 (2001), pp. 8-10. En rigor de verdad, además de las diversas publicaciones periódicas existentes en la materia, puede hacerse mención a otros centros especializados, como el Instituto de Historia de las Ideas que desde hace décadas funcio-

Por su lado, el antes mencionado historiador chileno Eduardo Devés, en tiempos posmodernos de relatos breves y Estado ultramínimo, logró pergeñar un libro sui géneris y de largo aliento,¹⁵ prologado por el mismo Roig, donde se visualiza el devenir del pensamiento latinoamericano en términos de tensiones-conciliaciones y ciclos espiralados en torno al eje de modernización e identidad junto a sus equivalentes conceptuales: nivelación-diferenciación, homogeneización-originalidad, apertura-autoctonía; un proceso de oposiciones y síntesis entre tendencias asimilativas, productivistas o pragmáticas e inflexiones que defienden valores humanitarios, estéticos e igualitaristas. Allí Devés intenta sortear el esquematismo y los encasillamientos —del tenor reaccionarios o progresistas—, desestimando el carácter omnicomprendido del binomio central propuesto y apelando a la teoría de los circuitos intelectuales que, más allá de presuntos imperativos generacionales, se abre al dominio de las apetencias políticas y los espacios de poder. Por lo demás, se procura constatar el hecho de que, mientras el ensayismo, la filosofía latinoamericana, la crítica literaria y las humanidades en general han estado vinculados con el polo identitario, concientizante y existencial, las ciencias sociales en cambio han tenido que ver con el polo eficientista y modernizador. En una entrevista reciente, Devés ha tomado distancia frente a las primitivas formulaciones axiales:

ese trabajo quedó corto o parcial y trató de ser complementado con una mejor formulación de la disyuntiva (periférica) ser-como-el-centro/ser-nosotros-mismos, que me parece mejor que modernización/identidad. Por otra parte, me pareció clave ampliar justamente las investigaciones para mostrar cómo esa disyuntiva no se daba sólo entre nosotros sino en todas las intelectualidades de las regiones que habían sufrido los embates del centro-europeo.¹⁶

na en Montevideo dentro de la Facultad de Derecho de la Universidad de la República, varios de cuyos miembros integran el Corredor, al igual que el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Chile, el cual, además de cultivar la sociología de la cultura y los estudios literarios y culturales, se ha ocupado intensamente de historia de las ideas americanas.

¹⁵ Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo xx: entre la modernización y la identidad*, 1. *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires, Biblos/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000.

¹⁶ Entrevista de Alex Ibarra al filósofo e historiador Eduardo Devés, “La importancia de Redes internacionales e interdisciplinarias para el bien pensar desde la periferia”, *Le Monde Diplomatique*, en DE: <<http://www.lemondediplomatique.cl/La-importancia-de-Redes.html>>.

Con estas apreciaciones se estaba aludiendo, probablemente, a los avances categoriales que el autor había adelantado en su artículo sobre pensamiento periférico —publicado unos años más tarde en el citado diccionario codirigido por el mismo Roig y en el cual se han dado cabida a variadas expresiones, tendencias y grupos culturales. Tales avances devesianos culminarían finalmente en otro volumen ciclópeo.¹⁷

Disyunciones y conjunciones

REVISEMOS por último los variados y resonantes atributos con los cuales ha sido revestida la historia de las ideas dentro de la heterogénea línea de pensamiento que nos ocupa; una línea en la que, según adujo Javier Pinedo en la colaboración ya citada, podría incluirse a Arturo Roig como a uno de sus padres fundadores junto con Leopoldo Zea y Arturo Ardao.

Lejos de tomarse como un saber agotado, la historia de las ideas posee una resonancia que excede en amplitud a la historia canónica de la filosofía, renuente no sólo a los saberes populares y a las utopías sociales sino también al mismo conocimiento interdisciplinario. En definitiva estamos hablando de un *modus cognoscendi* que denota “ingentes esfuerzos de reconstrucción”,¹⁸ de un caudal ilustrativo que gira en torno a la voz de los iletrados, a los embates y reacomodaciones sufridos por un sujeto histórico latinoamericano, el cual fluctúa desde la destrucción lascasiana de Indias hasta las últimas dictaduras militares y el desarme de conciencias que trae aparejado la política neoliberal. Paralelamente, la historia de las ideas ha coadyuvado a la labor de la filosofía latinoamericana en su opción por los oprimidos y en rescatar el valor humano de aquel sujeto colectivo y de los discursos emergentes frente a totalidades sojuzgadoras como las de la globalización financiera, ese macrorelato fundamentalista.

A diferencia de la pasividad problematizadora que trasunta la actividad historiográfica usual —que no se detiene en demasía a revisar sus supuestos—, la historia de las ideas representa una fecunda trayectoria de autocrítica o crítica interna. Suministra antecedentes epistemológicos válidos sobre nuestro pensamiento, en

¹⁷ Eduardo Devés Valdés, *Pensamiento periférico: Asia-África-América Latina-Eurasia y algo más. Una tesis interpretativa global*, Buenos Aires, Clacso/IDEA-USACH, 2014.

¹⁸ Cerutti Guldberg, *Posibilitar otra vida transcapitalista* [n. 13], p. 78.

contra del sojuzgamiento cultural y propicia una filosofía para la liberación. Se enriquece con una apertura anticipadora al análisis del discurso, la lingüística, la teoría crítica y la teoría del texto, la causa ancestral de la patria grande, los intelectuales cuestionadores y comprometidos.

Si compendiamos las desavenencias —explícitas o incidentales— que puede traer consigo la matriz roigiana —junto a otros enfoques convergentes sobre historia de las ideas—, nos salen al cruce sus esfuerzos por abandonar diversos horizontes explorativos: el llamado método generacional, las ontologías teluristas, el objetivismo, el academicismo y el neutralismo axiológico, la historia erudita y la asepsia exegetica, el eclipse ideológico y las ideas desarraigadas, el no involucrarse con las necesidades de los sectores subalternos, la antinomia de civilización o barbarie o el ámbito afectivo como incompatible con la racionalidad. No menos inaceptable sería la tesis que adjudica a la historia de las ideas una suerte de parálisis terminal.

Un significativo síntoma de esa presunta desaparición estaría dado, fácticamente, por la revista *Prismas*, esgrimida como si fuera el acmé en la materia.¹⁹ Pese a su declamado pluralismo y *aggiornamento*, durante las dos décadas de existencia la revista no le ha dedicado una sola línea —en su frondosa sección de reseñas— ni siquiera para desmerecerla, a la innovadora obra de Roig y de toda una constelación intelectual como la que sopla por esos andariveles.²⁰

Por otro lado, en distintos voceros antagónicos, se han dedicado parrafadas enteras para exaltar unilateralmente una perspectiva en detrimento de la otra, para hacer hincapié en otro paradigma interpretativo —hasta de toda una nueva “era” — que habría demolido el edificio conceptual de la historia de las ideas para hacerla caer

¹⁹ Así se la ha calificado como “la principal revista latinoamericana consagrada a la historia intelectual”, Mara Polgovsky Ezcurra, “La historia intelectual latinoamericana en la era del ‘giro lingüístico’”, *Nuevos Mundos. Mundos Nuevos* (27 de octubre de 2010), p. 3, en DE: <<https://nuevomundo.revues.org/60207>>.

²⁰ Entre los numerosos autores excluidos de esa constelación, a los que *Prismas* les voló sus crismas, se encuentran algunos nombres predicamentosos, como el de Raúl Fornet-Betancourt, Fernando Aínsa, Pablo Guadarrama o Alejandro Serrano, quien en un libro sobre el celebrado agonismo de las ideologías y la historia, ya advertía que esta última “parece vengarse siempre de sus sepultureros y tener la capacidad de transformar periódicamente su certificado de defunción en certificado de nacimiento”, Alejandro Serrano Caldera, *El fin de la historia: reaparición del mito*, La Habana, Universidad de La Habana, 1991, p. 23. El mismo Serrano actualiza éstos y otros pareceres en el reportaje que le efectuara Alex Ibarra para *Le Monde Diplomatique*, en DE: <<http://www.lemondediplomatique.cl/La-crisis-de-la-idea-del-fin-de-la.html>>.

en un punto muerto y terminar por superarla ampliamente. Entre los cargos abstractos —innominados y desprovistos de una acabada casuística probatoria— que se le formulan a una globalmente fantasmagórica historia de las ideas, no faltan reparos gratuitos y contradictorios como los de haberse erigido, por una parte, sobre modelos esencialistas importados de Europa y cuyas distorsiones locales se afanaría aquélla en detectar, mientras que, por la otra, se la acusa, inconsecuentemente, de sucumbir ante ilusiones nacionalistas e izquierdistas para obtener una inalcanzable originalidad frente a los patrones dominantes exógenos.²¹

Al mantener esas imputaciones, sumadas al cargo de tratarse de un quehacer que efectúa una mera labor escolástica y alejada del contexto social, se produce una supina confusión entre historia de las ideas e historia de la filosofía, en donde sí suele imperar el examen desencarnado de obras y pensadores. Por lo demás, las inflexiones roigianas se han encaminado a rechazar de plano el parámetro de las influencias doctrinarias, tal como se ha ejercido de consuno en la misma historia de la filosofía en América Latina; un flujo de influencias que desde la historia intelectual se le ha impugnado arbitrariamente a la historia de las ideas.

Más allá de esas inflamaciones explosivas, la evolución que han experimentado las investigaciones eidéticas impediría sustentar el vaticinio o diagnóstico optimista de aquellos que en los tempranos ochenta alegaban que no ya hacía falta la historia intelectual porque todos los historiadores se habrían convertido en historiadores intelectuales.²² Si bien no cabe convalidar actualmente la socorrida equiparación que trazaba Lovejoy entre historia de las ideas e historia intelectual, porque ambas tienden a diferenciarse, ello debe emprenderse dentro de un mismo árbol del conocimiento, habida cuenta además de la multiplicidad de enfoques y de las pugnas teóricas dentro de la misma historia intelectual y en las filas de sus desafiantes, según ya lo había advertido François Dosse.²³

²¹ Polgovsky Ezcurra, “La historia intelectual latinoamericana” [n. 19], pp. 1-17; y Mariano Di Pasquale, “De la historia de las ideas a la nueva historia intelectual”, *Universum* (Chile, Universidad de Talca), núm. 26 (2011), pp. 79-92.

²² William J. Bouwsma, “From history of ideas to history of meaning”, *Journal of Interdisciplinary History* (The MIT Press), vol. 12, núm. 2 (1981), p. 280.

²³ François Dosse, *La marche des idées*, París, La Découverte, 2003, pp. 299ss.

CONVIENE tomar en consecuencia el camino de las síntesis positivas, a la luz de la plena salud que, “por sus propias transformaciones epistemológico-metodológicas”, mantiene la historia de las ideas,²⁴ de la cual la historia intelectual viene a constituir “sólo una variante”;²⁵ a diferencia de quienes preconizan la extinción de la primera o, cuando mucho, su carácter subordinado y restringido, por adolecer de indolencia hermenéutica y no salir de la dimensión intratextual, lo cual no deja de constituir una verdadera patraña ante los lineamientos sobre la historia de las ideas como los que he traído a colación dentro del texto.

La amplitud de miras que ha demostrado la historia de las ideas le ha permitido abrir surcos para que pueda prosperar la misma historia intelectual; surcos que sólo pueden soslayar esos “ideófobos” alegorizados por el poeta chileno José de la Fuente, en relación con los personeros del *establishment* globalizado:

Los ideófobos contemporáneos
son esos intelectuales abducidos
que abandonan posturas basadas en principios correctos
por miedo a que les griten
*¡politizados, problematizadores, conflictivos!*²⁶

Van insinuándose con todo signos alentadores y una óptica conciliadora, como la expropiación de Roig que se insinúa desde el encuadre de la historia intelectual, aunque no sea más que para subsumirlo a su propia órbita sectorial,²⁷ o cuando la entusiasta gente de *Prismas* parece decidida a alejarse de su primitiva confianza programática en el crepúsculo o “derrumbe de las ideologías”²⁸ y a descreer del concomitante “capitalismo salvaje”,²⁹ o cuando

²⁴ Acosta, “De la historia de las ideas a la historia de las ideas” [n. 8], p. 11.

²⁵ Javier Pinedo, “Tres tendencias metodológicas en el pensamiento en Hispanoamérica: examen y propuestas”, *Cuadernos Americanos*, núm. 136 (abril-junio de 2011), p. 121.

²⁶ José de la Fuente, *Prisioneros del alba*, Santiago de Chile, Rueda del Agua, 2010, p. 20.

²⁷ Eugênio Rezende de Carvalho, “Arturo Andrés Roig: precursor da historia intelectual latinoamericana”, *Tempos Históricos* (Paraná, UNIOESTE), núm. 19 (2015), pp. 48-62.

²⁸ Consejo de Dirección, “Presentación”, *Prismas* (UNQ), núm. 1 (1997), p. 9.

²⁹ Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 133. Sobre las transiciones ideológicas de este autor, puede verse el

encomienda notas sobre el gran maestro Roig a una de sus discípulas³⁰ y un flamante trabajo en el cual se menciona, de paso y por primera vez, la sostenida labor del Corredor de las Ideas del Cono Sur junto a algunos de sus integrantes.³¹

Lo que parece más incierto de consensuar con ciertos legionarios de la historia intelectual, por mera verificación de partes y no por falta de benevolencia, sería el persistente propósito de la historia de las ideas por unirse a una historia viviente, sin compartimentos estancos y en estrecha correspondencia con un discurso filosófico emancipador, orientado hacia la humanización del mundo y de Nuestramérica aún irredenta. Un discurso que, por más que a algunos les resulte anacrónico o peregrino, no deja de aunarse con la impronta testimonial que han dejado tantas plumas de valía en estas señeras páginas desde su mismo alumbramiento o desde la edición paralela de libros que lanzó la UNAM bajo el sello editorial de Cuadernos Americanos, tal el caso de *Juventud de América* (1946) escrito por un intelectual orgánico como Gregorio Bermann.

enfático retrato de Ricardo Piglia, *Los diarios de Emilio Renzi*, Buenos Aires, Anagrama, 2016, tomo II, p. 342.

³⁰ Fernanda Beigel, “Arturo Andrés Roig (1922-2012)”, *Prismas* (UNQ), núm. 16 (2012), pp. 331-332.

³¹ Andrés Kozel, “El estudio del pensamiento latinoamericano en nuestros días”, *Prismas* (UNQ), núm. 19 (2015), pp. 163-172. Precedentemente, un pensador como David Sobrevilla, reconocía, en un panorama *ad hoc*, la significativa existencia del Corredor de las Ideas del Cono Sur: “Nuevas tendencias en la historia de las ideas en América Latina”, *Solar* (Lima, UCSUR), núm. 8 (2011), p. 13. Dicho texto fue expuesto en el Simposio sobre Filosofía Latinoamericana del IV Congreso Iberoamericano de Filosofía, Santiago de Chile, noviembre de 2012.

Hugo E. Biagini

RESUMEN

Se recuperan algunas consideraciones previas sobre historia de las ideas, a las cuales se les ha añadido su implementación por parte de quienes han integrado el espacio regional denominado Corredor de las Ideas del Cono Sur, entre ellos, Arturo Andrés Roig, Horacio Cerutti Guldberg, Yamandú Acosta y Eduardo Devés Valdés.

Por otro lado, se intenta refutar los procedimientos con los cuales sectores de la llamada historia intelectual han pretendido descalificar el alcance y validez de la historia de las ideas como tal.

Palabras clave: historia de las ideas, Corredor de las Ideas del Cono Sur, historia intelectual.

ABSTRACT

This paper revisits earlier thoughts on history of ideas together with contributions made by members of the regional space known as “Corredor de las Ideas del Cono Sur”: Arturo Andrés Roig, Horacio Cerutti Guldberg, Yamandú Acosta and Eduardo Devés Valdés, among others.

The author also aspires to contest the procedures with which certain voices within intellectual history have sought to discard the scope and relevance of history of ideas as a discipline.

Key words: history of ideas, “Corredor de las Ideas del Cono Sur”, intellectual history.